

EL DIABLO EN LA BOTELLA



"DIOS HA SIDO EMPAQUETADO"

ES LA MAS ingeniosa expresión que haya salido de labios de un cura joven, que deja su ministerio para contraer matrimonio, en abierta disconformidad con las autoridades eclesiásticas.

Los pastores, afirma, "tienen necesidad de recurrir al dios empaquetado en fórmulas canónicas para perseverar y legitimar su función". Acusa a los jerarcas de la Iglesia de ejercer "una autoridad mediante grupos de poder, no suficientemente identificados con la voluntad de Dios. Esa autoridad se transforma en dominación e impide el crecimiento, la maduración y la autodeterminación de las personas, grupos o países".

Cada día, aparece la sabrosa noticia de un grupo disidente o de un sacerdote que se casa. Se nos ha enseñado a respetar los problemas íntimos de conciencia que pueden haber movido a cualquier cura del mundo a tomar una determinación personal en disconformidad con la Iglesia. Los fieles católicos, en su mayoría, se enteran atónitos de tales novedades y buscan ansiosos una explicación. Casi siempre, de parte de los actores. La publicidad se encarga de satisfacer ampliamente esta razonable curiosidad: ¿Qué está pasando con la Iglesia?

No hay que confundir. Ciertos grupos de sacerdotes, inquietos por las injusticias sociales, deseosos de ensayar nuevas estructuras, puestos en contacto con el mundo actual lleno de miserias, se identifican con los necesitados y plantean ciertos cambios perentorios a las autoridades. Estas no responden con rapidez y eficacia y ellos adoptan ciertas actitudes externas llamativas para precipitar una solución. Otros, se ven acosados por problemas íntimos, llevados en forma latente durante mucho tiempo y que un día hacen eclosión con un pretendido matrimonio. Estos últimos habrían sentido sobre sus débiles hombros la insupportable ley del celibato.

Los sacerdotes actuales, en su mayoría, fueron formados en los llamados Seminarios Conciliares, prescriptos y delineados por el Concilio de Trento. Allí se formaban niños, con deseos de ser sacerdotes, desde la temprana edad de 12 años. Se los preparó para un estilo de clero, de todos conocido: el sacerdote separado del mundo, alejado del trato con mujeres, protegido por su sotana que, a manera de coraza, lo convertía en un

espectáculo y, a veces en un hazmereir de los demás hombres. Estos no entendían lo que detrás de ese traje talar se escondía. Las cautelas para evitar todo contacto con los "mundanos" se practicaban diligentemente y casi siempre con éxito. Prueba de ello el sinnúmero de sacerdotes virtuosos que todos conocieron.

Nadie niega que, en esos semilleros de futuros curas, algunos no solucionaron sus problemas afectivos, no encontraron al hombre prudente que les señalara, a su debido tiempo, el camino del matrimonio como más adecuado para temperamentos afectivo-sentimentales. Un día se encontraron, recién ordenados, frente a este nuevo mundo en cambio, para el cual no habían sido preparados, sumergidos en la vida social, el canto, la música, los amigos íntimos, los paseos. De sus nueve años de sacerdocio, confiesa, uno, siete los pasó al lado de esa compañera silenciosa, amable y afectuosa... así se enamoró. El haberse enamorado es la consecuencia lógica y natural en un ser humano normal, que frecuenta el trato íntimo y constante con el otro sexo.

La Iglesia actual está avocada a la tarea de encarar la formación de los sacerdotes para los tiempos que vivimos. Y no es trabajo de unos meses. Si la Iglesia decidiese establecer el matrimonio de los sacerdotes, tendría que planificar detenidamente la preparación de estos para ese nuevo tipo de sacerdocio y legislar sobre el status social que habría de tener la familia del sacerdote. O, posiblemente, consideraría la posibilidad de ordenar hombres casados que estuviesen definitivamente ubicados en la vida social y familiar.

Hay muchas cosas en la Iglesia que, como el celibato sacerdotal, siendo de orden disciplinar podría fácilmente cambiarse. Sin embargo, el cambio debe hacerse en las adecuadas circunstancias de tiempo y lugar. El matrimonio fue permitido en la Iglesia oriental, pero abolido en la Iglesia latina, debido a la gran cantidad de males sociales y familiares que acarrió el matrimonio de los clérigos en los tiempos del renacimiento. Es absurdo pensar que la Iglesia puede autorizar, de un plumazo, el matrimonio de los curas, porque haya algunos que hayan sentido la necesidad de hacerlo.

Otro tanto ocurre con la reforma de las estructuras eclesiásticas. Una cosa es que se rechace la burocracia palaciega, el boato y la excesiva complicación de algunas ceremonias, otra es negar que los legítimos pastores, elegidos por la sucesión apostólica, hayan perdido toda autoridad por el hecho de vestir de rojo o de vivir en regios palacetes.

Lo más insólito de la reacción de algunos es acusar a la Iglesia de "haber transformado la fe en ideología; una ideología que ostenta y defiende un grupo de poder", el cual se ejerce indiscriminadamente sobre aquellos que quieren realizar labores más de acuerdo con las necesidades sociales. Fácil es de ver si un clérigo o un grupo de ellos haya de tener fundamento suficiente para testificar que su obispo, del cual dependían, hasta hace muy poco tiempo, haya perdido toda autoridad divina para convertirse en un mero usurpador de poder, porque algunos clérigos hayan resuelto apresurar la hora del cambio.

La Iglesia Católica como institución jerárquica, con obispos, sacerdotes y fieles ha existido desde los tiempos de Cristo. El que algunos sacerdotes, aunque sean en buen número, empiecen a sentir la necesidad del cambio de nuevas estructuras, no significa que dicha institución haya de acceder inmediatamente a sus demandas. Toda la Iglesia entera está avocada a una reestructuración y adecuación a los tiempos. A nadie más que a los pastores interesa el ponerla de una vez al día. El trabajo de actualizarla no es cosa de meses, sino de años.

El camino de reformar la Iglesia Católica es mucho más arduo y difícil de lo que a primera vista parece. Todas las reformas se hicieron, a través de los siglos, con posterioridad a los Concilios Universales, donde reunidos los representantes de todos los países del mundo determinaron por mayoría, bajo la inspiración del Espíritu Santo, lo que se ha de cambiar o suprimir.

Entre tanto, un diálogo fecundo y cordial se empieza a entablar entre los miembros de la Iglesia, como una necesaria contribución a la actualización de todas sus estructuras, siempre bajo la inspiración del Espíritu de Dios.